

Colonialidad del poder, colonialidad del pensamiento. La alternativa desde los movimientos sociales.

Gómez, Leandro Javier y Lamaison, María Guadalupe.

Cita:

Gómez, Leandro Javier y Lamaison, María Guadalupe (2011).
Colonialidad del poder, colonialidad del pensamiento. La alternativa desde los movimientos sociales. VI Jornadas de Jóvenes Investigadores. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-093/64>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ePyY/9e3>

Instituto de Investigación Gino Germani

VI Jornada de Jóvenes Investigadores.

10, 11 y 12 de noviembre de 2011

Leandro Javier Gomez

FSOC – UBA

gomezlj04@yahoo.com.ar

Maria Guadalupe Lamaison

FSOC – UBA

guadalamaison@yahoo.com.ar

Eje Problemático 3: Protesta y conflicto social. Prácticas de organización y procesos de transformación.

Colonialidad del poder, colonialidad del pensamiento. La alternativa desde los movimientos sociales.

Introducción

“La globalización en curso es, en primer término, la culminación de un proceso que comenzó con la constitución de América y la del capitalismo colonial/moderno y eurocentrado como nuevo patrón de poder mundial” (Quijano, 2003:201). Esta afirmación de Aníbal Quijano es tomada como punto de partida en el trabajo con el objeto de recorrer diferentes perspectivas teóricas que analizan el paradigma de la modernidad capitalista.

Se indagará las diversas perspectivas teniendo en cuenta continuidades y rupturas. Continuidad en el sentido de los modos de imposición del paradigma de la modernidad en sus diferentes “facetas”, distinguiendo analíticamente imposiciones económicas, políticas, culturales y epistemológicas, hasta este neoliberalismo, y rupturas entendidas como resistencias a este proceso, protagonizadas por los movimientos sociales y un amplio espectro de movimientos teóricos.

1. Colonialidad del poder, colonialidad del pensamiento. Enfoques (de) coloniales.

Con el “descubrimiento” de América se inauguró el primer capítulo de un nuevo patrón de poder de carácter mundial, vigente hasta la actualidad. América se constituyó así como la primera identidad de la modernidad. Para esta configuración convergieron dos procesos históricos: por un lado, producto de una particular clasificación de las diferencias entre conquistadores y conquistados se llegó a una idea de raza; el segundo fue la articulación

de todas las formas existentes en América de control del trabajo, sus productos y recursos al servicio del capital y del mercado mundial.

No habiéndose utilizado nunca en la historia una distinción de este tipo, la idea de raza fue una construcción que sirvió de fundamento para las relaciones sociales de dominación de la conquista, tomando como supuesto parámetro las diferencias biológicas que distanciaban a los europeos de los nativos. Luego, con la expansión del colonialismo europeo por sobre el resto del mundo esta primera clasificación fue reelaborada bajo los efectos eurocentristas del conocimiento para ampliar la dominación, ahora hacia todas las poblaciones que fuesen no-europeas. Sobre este sustento se construyeron nuevas identidades históricas.

Por otro lado, se constituyó una estructura de control del trabajo, de los productos y los recursos articulando todas las formas existentes de organización de estos elementos en América. Dicha estructura no fue resultado de una amalgama, es decir las formas anteriormente existentes como la servidumbre, la reciprocidad, la pequeña producción mercantil, etc., al añadirse al nuevo patrón adoptaron una forma histórica y socialmente nueva al servir para la producción de mercancías y al mercado mundial. Se establece así una estructura de relaciones de producción dependientes del nuevo patrón de poder mundial, donde “las nuevas identidades históricas producidas sobre la base de la idea de raza, fueron asociadas a la naturaleza de los roles y lugares en la nueva estructura global de control de trabajo” (Quijano, 2003:204), una división racial del trabajo. En este sentido, los europeos serían los que establecerían entre sí relaciones salariales, mientras que la población originaria, en un primer momento, y los negros traídos desde África, trabajaban sin recibir pago al servicio de la acumulación capitalista que se estaba desplegando.

El capitalismo había existido siglos atrás, pero gracias a este proceso de expansión y control toma aspectos mundiales. Europa se constituye a partir del control de la producción (en alza por las explotaciones de oro) y del mercado mundial, en sede geográfica del capital, adquiere a partir de todo este proceso su identidad, mientras que el resto de las poblaciones son caracterizadas acorde a los roles y lugares otorgados por el nuevo patrón de poder mundial. “El capitalismo mundial fue, desde la partida, colonial/moderno y eurocentrado.” (Quijano, 2003:208)

La modernidad adquiere un nuevo sentido, o mejor dicho, se trata de una nueva modernidad. Es la primera ocasión que todas las culturas, en su heterogeneidad, son incluidas en un sistema de carácter mundial, o “sistema- mundo” en palabras de Quijano. Como ya habíamos dicho se construyen nuevas identidades históricas. El elemento principal fue el eurocentrismo, entendido como perspectiva de conocimiento con una serie de premisas. Se

determinó que la historia tuvo un curso determinado, en sentido evolutivo, cuyo estadio final era Europa, exactamente la Europa mediterránea. El resto de las culturas y sociedades, pasadas y presentes, no son más que momentos anteriores e inferiores a las europeas.

Las ciencias sociales tuvieron en este sentido un rol crucial, según Lander. En la actualidad por medio de una pretendida “validez” otorgada por la “neutralidad” y “objetividad” que toda ciencia debe poseer naturalizan el neoliberalismo como modelo civilizatorio, pero así como el neoliberalismo tiene una condición histórica de aparición, esta naturalización por parte de las ciencias sociales tuvo una génesis y un recorrido histórico.

El autor identifica dos dimensiones que ayudan a explicar su relativo éxito (Lander, 2003:13-14). Una primera dimensión son las múltiples separaciones del mundo de lo real que se da en la sociedad occidental y sus efectos sobre la construcción de conocimiento. Comenzando por el cristianismo que establece una separación entre Dios, lo humano y la naturaleza, es sin embargo a partir de la Ilustración y las ciencias modernas que los procesos de separación toman el giro distintivo. Descartes inaugura toda una reflexión que separa el cuerpo y la mente, la razón y el mundo. La consecuencia, es que la Razón se independiza de sus condiciones del pensar y se nombra como objetiva y universal. El mundo es su “objeto” de conocimiento. Esta Razón de la modernidad está lista para moverse como autoconciencia, determinada por sus propias leyes, y construye un meta-relato de la historia, donde la propia Europa era el centro mundial. Justamente el segundo aspecto de la “eficacia naturalizadora” de las ciencias sociales tiene que ver con sus condiciones de aparición. La sociedad liberal no maduró aislada y pacíficamente sino que se enfrentó con otras sociedades, alzándose como hegemónica. Es este el contexto en el cual las ciencias sociales acometen con su misión: el contexto de la modernidad, que le aportó cuatro elementos para el autor a nuestra disciplina. El primero es una visión universal de la historia con los lentes del “progreso”, el segundo es la naturalización, tanto de las relaciones sociales emergentes como también de una *naturaleza humana*, el tercer elemento es el establecimiento de carácter ontológico de las múltiples separaciones de esa sociedad, y por ultimo la convicción de la superioridad de la ciencia (producto de la modernidad) por sobre otros saberes. El resultado de todo esto es una construcción de la historia acorde al avance económico, militar y político de Europa, donde el saber científico es provisto de validez universal. Por ende las relaciones de dominación están debidamente justificadas en el ámbito académico.

En América Latina las ciencias sociales han contribuido a, por un lado, estudiar nuestras desviaciones con respecto al curso seguido por Europa, y por el otro a sustentar la

búsqueda de las elites para la superación de sus rasgos tradicionales que obstaculizarían el camino al “progreso”.

1. 1 El desarrollo: una nueva arma de la modernidad

En 1949, el día de asunción en su cargo, el flamante presidente de los EEUU Truman pronunció un discurso que significó la apertura de la “era del desarrollo”. Según Esteva “ese día, dos mil millones de personas se convirtieron en subdesarrolladas” (Esteva, 2000:69). El discurso contenía la intencionalidad de los EEUU en cooperar para que dichos países, caídos en desgracia por ser “subdesarrollados”, salieran de esa situación. Coincidimos tanto con Esteva como con Miguel Teubal de que “frente al derrumbe del sistema colonial, los EEUU necesitaban desarrollar una visión sobre el nuevo orden mundial. El concepto de desarrollo proveía una respuesta porque presentaba al mundo como una colección de entidades homogéneas, que se mantenían juntas no mediante el dominio político de tiempos coloniales, sino a través de una interdependencia económica. Esto significaba que pese al proceso independentista los nuevos países, a medida que se transformaban en objetos de desarrollo, automáticamente caerían bajo la égida de los EEUU”. (Teubal, 2008:1-2)

Una vez enunciado el contexto de aparición, Esteva nos describe el derrotero del término desarrollo, concluyendo que desde sus inicios como variable de explicación biológica hasta la adopción de las ciencias sociales, implica un estado de maduración, de crecimiento y evolución hacia un fin predeterminado y superior, por ello cualquiera que aún con buenas intenciones utilice este término inevitablemente querrá decir aquello, a partir de que tomó un efecto colonizador en el pensamiento, sobre todo con la aplicación de programas institucionales, como los llevados a cabo en diversas oportunidades por las Naciones Unidas sobre Latinoamérica. También los políticos tomaron al desarrollo como sinónimo de producción industrial, único modo de llegar al “progreso” y salir del “sub-desarrollo”. Los economistas, en este contexto de posguerra, lo asociaron con crecimiento económico, reflejado en el aumento del producto bruto nacional. En este sentido, fue la economía clásica del siglo XIX quien diseñó la construcción social del desarrollo. No fueron ellos únicamente. Acompañaron al ascenso de una clase social (la burguesía) y del capital mercantil. La clave fue instaurar la lógica de la escasez: los hombres serían deseosos, por encima de los medios que les permitirán alcanzarlos. He allí el problema económico que el mercado debe solucionar mediante la asignación eficiente de recursos. Lo más importante de esto es que se separa (nuevamente) la esfera de la economía del resto de la sociedad, y se modela al “hombre

económico”. En definitiva, esta autonomización de la economía le da una autorreferencialidad, aunque vaya mutando de ropaje, o sea aunque se le apliquen eufemismos como “sustentabilidad” y otros. El fin sigue siendo la expansión de esta lógica económica.

1. 2 Enfoques (de) coloniales

Adoptar un enfoque, una postura política y académica decolonial implica desarticular todos los postulados que hemos visto, conociendo su raíz histórica y su desenvolvimiento y además rescatando, “excavando”, en términos de Boaventura de Sousa Santos, todas las culturas que fueron silenciadas, pero nunca acabadas, durante siglos.

Retomando a Quijano, propone una “radical devolución del control sobre el trabajo/recursos/productos, sobre el sexo/recursos/productos, sobre la autoridad/instituciones/violencia, y sobre la intersubjetividad/conocimiento/comunicación, a la vida cotidiana de las gentes” (Quijano, 2003:241). A esto lo llama socialización del poder. Significaría una disputa a todos los aspectos que la colonialidad transformó en suyos.

Por su parte Lander afirma que se debe proceder a una deconstrucción de la sociedad capitalista-liberal, desnudando su supuesta naturalidad y universalidad, de la misma manera que con los conceptos de las ciencias sociales. A partir de allí la tarea es pensar a nuestras sociedades desde categorías propias, construyendo un marco epistemológico acorde a nuestra historia.

En este sentido, Boaventura de Sousa Santos, postula la existencia de una situación de transición paradigmática. El paradigma moderno ha estado en constante tensión entre las energías emancipatorias y las reguladoras, con la conclusión del triunfo de las últimas “a partir de mediados del siglo XIX, con la consolidación de la convergencia entre el paradigma de la modernidad y el capitalismo” (De Souza Santos, 2003: 13). Este paradigma así deja de poseer el carácter revolucionario que tuvo cuando emergió en los siglos XVI y XVII para entrar en una crisis final.

El autor desarrolla una teoría crítica post-moderna. Se distancia de la teoría crítica moderna porque se trata de una lucha subparadigmática, un intento (en vano) de las fuerzas emancipatorias por vencer a las reguladoras. En realidad, a partir de la crítica del paradigma moderno en todos sus aspectos, se debe diseñar un horizonte donde afloren rasgos emancipadores nuevos. Otra razón para distanciarse es que la teoría crítica moderna desfamiliariza todo lo que sujeta a su crítica, cuando lo que se debe hacer es crear nuevo sentido común, familiarizar. Por último, hay que adoptar la autorreflexividad, es decir aceptar

que mientras realizamos una crítica somos a la vez sujetos del mismo escenario social al cual ponemos a crítica. Significa tener en cuenta las propias condiciones de producción.

Ante la injusticia del capitalismo, la teoría crítica no pudo afirmarse como tal porque concibe a la sociedad como una totalidad. Su forma epistemológica consiste en aplicar unas reglas de conocimiento sobre el caos social para ordenarlo en un todo. En consecuencia, el “diagnóstico” es uno solo y las propuestas van por el mismo camino. La teoría crítica post-moderna tiene como partida la ignorancia “heredada” de la colonialidad, su superación es el conocimiento- emancipación, conocimiento-reconocimiento como forma de solidaridad: el “otro” no es un objeto de estudio, como postula el paradigma de la modernidad, sino que es un sujeto que también construye conocimiento. Del mismo modo, no hay un sujeto de transformación, sino que existen múltiples resistencias y actores sociales. Boaventura propone una teoría de la traducción, capaz de hacer conversar a todas las luchas para hacerlas inteligibles.

Por su parte, Mignolo hace una hermenéutica de la democracia incorporando la diferencia colonial. Según el autor la democracia actual, patrocinada por los EEUU y la Unión Europea, es el resultado de la apropiación autoritaria como “idea” (Mignolo, 2008:42) realizada por tres Estados-naciones, Inglaterra, Francia y los EEUU, en un contexto de expansión imperial-capitalista. De esa manera dejaron afuera otras experiencias históricas, como la Revolución Haitiana. Además la cuestión se complejiza cuando la democracia es “importada” a países con historias de colonización. Allí es dónde debe introducirse la diferencia colonial. El desafío sería “desengancharse” de dos pre-juicios, dos suposiciones producto de que el eurocentrismo toma como punto de partida los legados de Grecia y Roma. La primera suposición es la diferencia colonial epistémica, la que sostiene que por fuera de las herencias greco-latinas, las lenguas y los pensamientos no europeos son deficientes. La segunda es la diferencia colonial ontológica, o sea “que hay personas en el mundo que por su configuración étnica, el color de su piel, las formas de vida, las lenguas que hablan, las rutinas y rituales que practican, son “humanamente” deficiente con respecto a un ideal de humanidad que surge en el renacimiento europeo, y que se consolida en la Europa mediterráneo-atlántica y en EEUU.”(Mignolo, 2008: 45)

Para Mignolo una interpretación hermenéutica-decolonial de la democracia es distinguir el ideal de justicia y equidad, de la forma en que Occidente pretende alcanzarla con la exportación de Su Democracia. El Zapatismo, por ejemplo, es democrático de otra manera. El horizonte es el mismo pero sus caminos diversos, por ende en contraste con la dimensión

imperial/colonial de la democracia que es universal, dicho horizonte tiene que ser transitado bajo el lema de la pluri-versidad.

2. Los movimientos sociales y la política

Es en este contexto de colonialidad del poder y de los saberes que los movimientos sociales, para distintos autores, emergen como novedad, en varios sentidos.

Desde la posguerra (década del 50) se inicia una serie de discusiones en las ciencias sociales sobre las acciones colectivas, los movimientos sociales y de protestas. Un somero repaso nos servirá para adentrarnos en este tema.

2. 1 Los “como” y los “por que” de los movimientos sociales

Unas primeras aproximaciones definen a las acciones de protesta como conductas irracionales, influidas por un momento de explosión de las masas. La explicación tendría como sustento la psicología. Por otra parte un autor que luego será rebatido por las sucesivas escuelas es Olson y la teoría del *free rider*, según la cual a los individuos les convendría aprovechar las conquistas obtenidas por un grupo al cual no pertenecieron: sería ésta la actitud política de la mayoría de las personas.

Como respuesta la escuela de movilización de recursos se distancia al enfatizar la racionalidad e intencionalidad de los sujetos que intervienen en una determinada propuesta, es decir existe un mínimo de solidaridad en la acción. Estos últimos sostienen que el éxito de una movilización social depende de la existencia de sponsors, agencias gubernamentales o fundaciones, que aporten justamente los recursos para sostener una demanda proyectada por la organización.

Algo para notar es que tanto la teoría del *free rider* como la de movilización de recursos tienen como énfasis al individuo. Tarrow hace un giro radical sobre estas posturas y afirma que los movimientos sociales se encuentran con un desafío de carácter social, que es encontrar la forma de iniciar una acción colectiva y sostenerla, organizando a poblaciones dispersas y desorganizadas. La solución es que los movimientos responden a las oportunidades políticas, utilizando un repertorio de acciones colectivas existentes y movilizándolo a las personas mediante redes sociales, sostenidas con supuestos culturales que comparten. El autor los define “como desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las elites, los

opponentes y las autoridades.” (Tarrow, 1997:21) Lo que los subyace es la acción colectiva contenciosa, o sea una acción propia de personas que no tienen acceso a las instituciones gubernamentales y que plantean una demanda, enfrentando a las autoridades, en secuencias mantenidas de interacción con ellas.

Pero lo sustantivo para Tarrow es la estructura de las oportunidades políticas. Son recursos externos al grupo, constituidos por dimensiones de la arena política, no necesariamente formales, que fomentan o no una determinada acción colectiva o un contexto de luchas, como más adelante veremos con los ciclos de protesta. Los aspectos de esta estructura de oportunidades tienen que ver con cambios en los alineamientos gubernamentales, en el acceso al poder, o fisuras dentro de la elite política, incluso enfrentamientos entre las elites. Estas circunstancias, repetimos, crean un escenario favorable o restringido para la acción colectiva. A su vez las acciones poseen un repertorio, formas de acción conocidas por el grupo por ser parte de las memorias sociales. A éstas se les agregan, en el contexto del mundo globalizado, los repertorios modulares, rutinas de acción colectiva provenientes de otros territorios, al parecer distantes, pero que cada vez son retomados por diversos grupos en distintos lugares. Los movimientos, por último, se organizan para aprovechar las oportunidades construyendo redes de interacción y marcos de significados que justifican la sensación de injusticia, animan los motivos de la acción colectiva, generan confianza y solidaridad entre los actores. Estos marcos forman parte también de una cultura política de una determinada sociedad que por lo general tiende a conservar el status quo, pero en todo caso debe enfrentársela para proyectar un crecimiento de la acción colectiva.

Puede observarse una especie de lógica en el planteo de Tarrow, que organiza la explicación de los movimientos sociales y su accionar, apoyada por situaciones históricas. Ella está determinada por los ciclos de protesta. El ciclo se abriría con una oportunidad política que es aprovechada, en palabras de Tarrow, por “madrugadores” que logran que sus demandas y acciones encuentren respuesta en sectores de la sociedad hasta el momento pasivos. En esta apertura el conflicto se intensifica porque se pone al descubierto la vulnerabilidad de las autoridades. El número de organizaciones se incrementa producto de esta situación, agregado a que las otras organizaciones existentes se acoplan al conflicto iniciado por los primeros aprovechadores de la oportunidad. Este es el momento donde florecen nuevos repertorios de acción en un diálogo con los ya existentes. A la par las elites políticas van sufriendo fisuras a su interior, y se intensifican las interacciones entre las autoridades y los rebeldes, con distintos resultados, como la cooptación de manifestantes o con el aumento de la crisis. En este sentido, el ciclo puede terminar siendo reprimido, pueden

incorporarse las principales o secundarias demandas del conflicto en las agendas de gobierno, o puede darse una revolución.

Tarrow es un representante de la escuela americana sobre los movimientos sociales, cuyas inquietudes se basan en cómo se organizan, como despliegan una acción duradera. Sin embargo, Melucci, de la escuela europea, afirma que “los conflictos no se expresan principalmente a través de una acción dirigida a obtener resultados en el sistema político, sino que representan un desafío a los lenguajes y códigos culturales que permiten organizar la información.” (Melucci, 1994:120) El italiano se pregunta qué son los movimientos sociales y para ello desarrolla una explicación del contexto en el cual actúan, una sociedad de la información que avanza hasta los aspectos más íntimos de las personalidades, para su control social. Las actuales son sociedades que producen un conjunto de símbolos culturales e identitarios que se ubican por sobre las determinaciones materiales, dirigiendo los aspectos productivos. Los conflictos se sitúan en este aspecto, en la lucha por la producción de significados. Entonces no toda acción colectiva implica una querrela, sino aquella que se enfrenta con esta lógica y además propone una alternativa. A los movimientos sociales hay que estudiarlos por esa capacidad. En ellos se agrupan distintas personalidades atravesadas por variadas situaciones pero que conforman un colectivo capaz de generar un marco de comprensión social, un entramado de códigos culturales que informan su razón de existir, creando solidaridades para la acción colectiva. En este sentido los movimientos sociales introducen un conflicto. Lo que discute esta perspectiva con la anterior es que el enfrentamiento público con las autoridades no explica su particularidad, novedad, sino que existe una fase de latencia, un “detrás de escena”, donde se dan las configuraciones y relaciones antes descriptas que incluso refuerzan las sucesivas apariciones públicas de los movimientos, en un constante diálogo y reforzamiento. La identificación como un movimiento social es un proceso insoslayable para comprenderlos.

2. 2 La Política como herramienta de los movimientos sociales

Ranciere afirma que en toda sociedad rige una lógica policial, que distribuye los cuerpos y los lugares según sus “propiedades” evidentes. Esta lógica posibilita que se tengan en cuenta un determinado régimen de acciones y discursos, relegando todo tipo de alternativas a la nada. Se organiza bajo el imperio de la desigualdad. Pero los sujetos puestos al margen pueden demostrar su existencia por medio de la actividad política, instaurando un litigio en el centro de la sociedad, desafiando la lógica distributiva policial y actualizando el principio de

la igualdad, que demuestra que todo orden social es contingente, no definitivo. Para el francés hay política cuando se cruzan las dos lógicas, una que configura un determinado orden de lo sensible y otra que instauro la igualdad inherente a toda constitución social. Es “la contradicción de dos mundos alojados en uno solo” (Ranciere, 1996:42). Los movimientos sociales, en este sentido, como parte de una población destinada al silencio, se instituyen como comunidad con las mismas cualidades de los seres parlantes que no los reconocen. Son estos los modos de subjetivación de todos los sujetos políticos, mediante los cuales producen una instancia para el conocimiento y el reconocimiento de su capacidad de enunciación, no tenida en cuenta o identificada por la lógica policial.

Según Mouffe la política “es el lugar donde las relaciones sociales toman forma y se ordenan simbólicamente.” (Mouffe, 1999:29) La política está relacionada con el tipo de sociedad, actualmente la moderna, cuya característica es la de estar atravesada por una revolución democrática. Este es un análisis sugerido por Lefort. El poder, el conocimiento y el derecho no tienen un fundamento último, se resiste a tamaña definición. En consecuencia la estructura social no puede ser aprehendida desde un único punto de vista. Justamente sobre esto se basó el proyecto de la Ilustración: la idea de un sujeto homogéneo y universal, tanto desde el liberalismo como el marxismo ortodoxo.

Una nueva teoría del sujeto es central en la concepción política de Mouffe, un sujeto descentrado, destotalizado, producto de la intersección de múltiples posiciones subjetivas no definidas con anterioridad, sino que son articuladas por prácticas hegemónicas. Este último elemento es también un pilar del proyecto político del autor. La tradición liberal-democrática ha dado gran cantidad de luchas democráticas por el ideal de igualdad y justicia, luchas que deben articularse con las actuales para radicalizar la democracia. “Lo que necesitamos es una hegemonía de valores democráticos y esto requiere una multiplicación de prácticas democráticas, institucionalizándolas en relaciones sociales todavía mas variadas, de modo que pueda formarse una multiplicidad de posiciones subjetivas a través de una matriz democrática.”(Mouffe, 1999:39)

2.3 Los movimientos sociales en el actual contexto latinoamericano

A continuación nos referiremos a la situación de los movimientos sociales en la región, tomando los análisis de Svampa (2009) y Zibechi (2008). Ambos coinciden en la existencia de al menos una crisis del paradigma neoliberal, expresado en el florecimiento de movimientos de protesta de todo tipo (asambleas vecinales, ONG, organizaciones

ambientalistas, etc.), y en la asunción de gobiernos con discursos de centro-izquierda, aunque presenten serias contradicciones.

Según Svampa, el neoliberalismo produjo una fuerte asimetría de fuerzas restándole poder a los sectores populares, y modificó las relaciones de clase, repercutiendo en la representación y autorrepresentación de los grupos sociales. Los movimientos sociales, que en la década del 90 se enfrentaron a las consecuencias de los planes de estabilización “recomendados” por organismos internacionales de crédito, fueron los actores que empezaron a diseñar una perspectiva de emancipación. Sus dimensiones más destacadas son: en primer lugar la territorialidad, tanto como resistencia ante el agresivo avance del capital en las últimas décadas, como también de un espacio de construcción de relaciones sociales y de identidades; la segunda es la acción directa como método de lucha, ya que al cerrarse las posibilidades institucionales para la resolución de determinados conflictos, los movimientos disputan incluso por fuera de la lógica de los partidos políticos; la tercera dimensión, emparentada con la anterior, sigue la línea de acciones no institucionales, en este caso la organización mediante formas de democracia directa; por último, la demanda de autonomía. Puede referirse a la “autodeterminación”, otorgarse sus propias leyes, o llegar hasta la creación de sociedades alternativas. Según la autora, estos cuatro elementos conformarían un nuevo “ethos militante”, un conjunto de subjetividades y prácticas aplicadas a las nuevas modalidades de acción colectiva. Este proceso de avance de la resistencia está acompañado de un “internacionalismo” expresado en los foros sociales y congresos mundiales, que aunque con diferencias, constituyen un sustento.

Sin embargo, el nuevo contexto latinoamericano está expuesto a una gran contradicción, entre desterrar el neoliberalismo o verse subsumido a una reconstrucción de la gobernabilidad neoliberal. El modelo productivo de estos tiempos es el extractivo-exportador, controlado por empresas transnacionales. La reconstrucción de la gobernabilidad está delineado por tres características: por una criminalización de la protesta, por la aplicación de la doctrina de seguridad ciudadana, y la creciente militarización de nuestras sociedades. Son tres procesos que coexisten, apuntan a criminalizar a los pobres, los militantes, a proyectar una mirada hacia el otro como un extraño, un potencial delincuente, mientras que despliegan las fuerzas de seguridad sobre los barrios, los pueblos rurales, etc. para el control de la población.

El desafío para Svampa es que los movimientos sociales pasen de las acciones destituyentes, que los caracterizan, a acciones instituyentes de una nueva realidad.

Zibecchi analiza la relación entre los gobiernos “progresistas” de la región y los movimientos sociales que en la década de los 90 fueron de los principales actores en resistencia activa al neoliberalismo. Según el uruguayo, dichos gobiernos tienen como característica la recuperación de la centralidad del Estado como órgano de decisión, así como también el enfrentamiento con las derechas tradicionales nacionales. Pero los movimientos sociales a raíz de esta situación vieron comprometida su autonomía, ya que muchos terminaron acercándose a los gobiernos en dichas disputas.

Para Zibecchi nuevos modos de dominación les suceden a otros que claudicaron. En la actualidad son los planes sociales, bajados desde los mismos organismos internacionales que en la década pasada lograron hacer aplicar sus planes de ajuste estructural. Lo central en este punto es que los gobiernos progresistas reemplazaron los caudillajes en los barrios o pueblos, por cuadros políticos de su burocracia. Incluso muchos de estos cuadros se encontraban movilizados en los 90 con sus antiguos compañeros. De este modo el proceso es complejo porque las burocracias están en los barrios y promueven cierto tipo de participación, aunque limitada a pequeños aspectos de los programas sociales. Dicha situación es la que propone un serio balance en pos de que los movimientos sociales no resignen su autonomía cuando los aspectos estructurales del neoliberalismo, como el modelo extractivo y la criminalización de la protesta social, todavía siguen en pie.

3. Neoliberalismo y degradación ambiental

El neoliberalismo está desplegando en nuestra región un modelo extractivo-exportador que, según Svampa, “responde a una nueva división territorial y global del trabajo, basado en la apropiación irresponsable de los recursos naturales no renovables, que ha dado lugar a nuevas asimetrías económicas, políticas y ambientales entre el norte y el sur.”(Svampa, 2011:1) Los países del norte desplazan las actividades de carácter extractivo hacia los del sur para que éstos les provean de las mercancías para sostener sus niveles de producción y consumo, cuidando ellos su ambiente local pero a costa de la degradación de los países a los cuales se les exige en materia de producción primaria.

El capitalismo, en términos de David Harvey, ha resuelto sus crisis mediante ajustes espacio-temporales, o sea con “a) el desplazamiento temporal a través de las inversiones de capital en proyectos a largo plazo o gastos sociales (tales como educación e investigación), los cuales difieren hacia el futuro la entrada en circulación de los excedentes de capitales actuales; b) desplazamientos espaciales a través de la apertura de nuevos mercados, nuevas

capacidades productivas y nuevas posibilidades de recursos y trabajo en otros lugares; o c) alguna combinación de a) y b)” (Harvey, 2004: 100-101) Estas serían las recetas “clásicas” para solucionar los problemas traídos por los excedentes de capital sin ubicación en un nuevo proceso de acumulación.

Sin embargo, en el actual contexto neoliberal cobra predominancia la acumulación por desposesión, mecanismo siempre presente en el capitalismo, pero que en la actualidad ha inclinado la balanza. Dicho proceso está emparentado a la acumulación originaria que Marx ha descrito en *El Capital*, con la distinción de que éste la habría ubicado en los orígenes del capitalismo. En la actualidad la búsqueda de ganancia arrasa contra los recursos naturales, mercantilizando lo aún no “descubierto”, las sucesivas privatizaciones de las tierras expulsan a poblaciones campesinas, pero también cobran relevancia en estos tiempos el patentamiento de semillas, su manipulación genética y la biopiratería que, junto a la expansiva degradación de los suelos, el aire y el agua, atentan contra otros manejos ambientales. Es de destacar el rol de los Estados posibilitando estos procesos mediante su aparato legal y represivo.

4. Territorios y territorialidades en disputa

Al calor de las luchas de los movimientos sociales contra el neoliberalismo avasallador de la naturaleza, tanto la lógica del avance territorial con fines extractivistas como la lógica de defensa y disputa, ponen en discusión las consideraciones sobre territorio-espacio.

Schneider y Tartaruga revisan los vaivenes que tuvo la definición de territorio, sobre todo los diálogos entre geógrafos y la necesidad de incorporar otras disciplinas de las ciencias sociales (Schneider y Tartaruga, 2006). Lo hacen con la perspectiva de incorporar la dimensión heurística, conceptual del territorio a los enfoques territoriales, a su dimensión instrumental, práctica, en el caso de los autores en el marco de un programa estatal sobre desarrollo territorial rural en Brasil.

Un punto de partida es la concepción de Ratzel, en el contexto histórico de la unificación alemana en 1870. En dicha concepción lo central es el Estado y el control de una porción de territorio por determinado grupo humano, en contacto con recursos naturales suficientes para la supervivencia. Luego el concepto es relegado, reemplazado por términos como región o espacio. Es a finales del siglo XX, que autores como Guttman, Sack y Raffestin, revitalizan la discusión. Los avances tecnológicos acontecidos en los últimos tiempos y una expansión inusitada del capital, requieren la incorporación de aspectos que ponen en jaque la centralidad del Estado en la definición territorial. Guttman destaca la

transferencia de personas e información de y hacia distintos lugares, Sack incorpora la motivación humana para el control de territorios indicando que varios actores sociales entran en disputa, y Raffestin, en diálogo con disciplinas que abordan la cuestión del poder introduce estas relaciones que atravesarían la definición territorial.

Las ciencias sociales lograron consenso con respecto a que los territorios son producidos socialmente. Marcelo Lopes de Souza afirma que “el territorio es fundamentalmente un espacio definido y delimitado por y a partir de relaciones de poder”. (Lopes Souza, 2004:59) Al incorporar estas relaciones la territorialidad pasa a adquirir dinamismo, complejidad.

Schneider y Tartaruga adhieren a esta definición. Agregan que mediante estos dispositivos, los límites territoriales constituidos pueden tener una precisión evidente o no tan explícita, y que el territorio tiene como referencia el lugar, las vivencias y convivencias entre personas en la cotidianeidad.

Todo este marco conceptual permite entender los fenómenos actuales de territorialización-desterritorialización-reterritorialización.

Este último proceso puede ser analizado a partir de las transformaciones del espacio social en México, en particular con la experiencia zapatista. Rosa de la Fuente Fernández toma la dialéctica de Lefebvre, quien caracteriza al espacio social como construcción producto de las relaciones sociales de producción, como terreno donde tienen lugar estas relaciones y como un elemento más de la estructuración social (Fernández, 2002). México, concretamente, estuvo y está atravesada por una constante tensión entre las formas hegemónicas de apropiación del espacio social y proyectos alternativos, resultado de “otra” imaginación geográfica. El espacio no es entonces mero escenario, ni tampoco reflejo de la dominación estatal-capitalista. Los territorios son producto de luchas sociales, simbólicas y materiales, llevadas a cabo por acciones políticas y discursivas. La experiencia de Chiapas tiene que ser entendida de esta manera.

En este contexto latinoamericano, los capitales transnacionales aplicados al monocultivo de la soja, la minería a cielo abierto, por mencionar dos de los casos paradigmáticos, poseen una lógica territorial. Ella implica la exclusión de otras territorialidades, lo que para los movimientos sociales implica una desterritorialización. Pero estos últimos, mediante la acción colectiva, la organización en redes y la construcción de marcos de significados, conforman reterritorialidades, como parte de la resistencia y un desafío ante los modos neoliberales.

Bibliografía

- De Sousa Santos, B. (2003). Prefacio general e Introducción. En *Crítica de la razón indolente. Contra el desperdicio de la experiencia* (pp. 13-40). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Esteva, G. (2000). Desarrollo. En *Antropología del desarrollo* (pp. 67-101). Buenos Aires: Paidós.
- Fuente Fernández de la, R. (2002). Cartografía de la resistencia. Transformaciones del espacio social en Chiapas. Revista *CEMOS Memoria*. 157.
- Harvey, D. (2004). El nuevo imperialismo: Acumulación por desposesión. Revista *Socialist Register*. 2004, 99-129.
- Lander, E. (2003). Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 11-40). Buenos Aires: CLACSO.
- Lopes Souza, M. (2004). ‘Territorio’ da divergencia (e da confusão): em torno das imprecisas fronteiras de um conceito fundamental. En *Territórios e territorialidades. Teorias, procesos e conflitos* (pp. 57-72). São Paulo: Expressão Popular.
- Melucci, A. (1994). ¿Qué hay de nuevo en los “nuevos movimientos sociales”? En *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad* (pp. 119-149). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Mignolo, W. (2008). Hermenéutica de la democracia: el pensamiento de los límites y la diferencia colonial. Revista *Tabula Rasa*. 9, 39-60.
- Mouffe, C. (1999). Democracia radical: ¿moderna o posmoderna? En *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical* (pp. 27-42). Buenos Aires: Paidós.
- Quijano, A. (2003). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 201-246). Buenos Aires: CLACSO.
- Ranciere, J. (1996). La distorsión: política y policía. En *El desacuerdo. Política y filosofía* (pp. 35-60). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Schneider, S. y Tartaruga, I. (2006). Territorio y enfoque territorial: de las referencias cognitivas a los aportes aplicados al análisis de los procesos sociales rurales. En *Desarrollo rural. Organizaciones, instituciones y territorios* (pp. 71-101). Buenos Aires: CICCUS.

- Svampa, M. (2009). Movimientos sociales y nuevo escenario regional: las inflexiones del paradigma neoliberal en América Latina. En *Cambio de época* (pp. 75-92). Buenos Aires: Siglo XXI - CLACSO.
- Svampa, M. (2011). Extractivismo neodesarrollista, Gobiernos y Movimientos Sociales en América Latina. Revista *Problèmes de l'Amérique Latine*. 2011, 1-27. En prensa
- Tarrow, S. (1997). Introducción. Capítulo I: La acción colectiva y los movimientos sociales. Capítulo IX: Ciclos de protesta. En *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política* (pp. 17-64, 263-286). Madrid: Editorial Alianza.
- TEUBAL, Miguel. *Apuntes sobre el desarrollo*. 2008 [en línea]. [consulta: 14 de marzo de 2011].
<http://otrosbicentenarios.blogspot.com/2008/12/otros-bicentenarioscabos-sueltos-de-un.html>
- Zibechi, R. (2008). La compleja relación entre gobiernos y movimientos ¿Autonomía o nuevas formas de dominación? Intervención en el Primer festival mundial de la Digna Rabia.